

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



~ MIA MAY ~

CUADERNO Nº 63

35 CTS



ADMINISTRACIÓN:
BAILÉN, 118 - BARCELONA

(ANTES BRUCH, S)

Depósitos para la venta de TRAS LA PANTALLA y colecciones de postales de ESTRELLAS del LIENZO

En Barcelona: En nuestra Administración, Bailén, 118 (antes Bruch, S) y en casas nuestro agente exclusivo D. S. Vilcilla, Rado, 15. — En Reus: Sras. Hijos de E. Boix, Plaza de la Constitución. — En Madrid: D. Manuel Castro, Pretil de los Comares, 3. — En Valencia: D. M. Dado Hueso, Ballesteros, 4, bajo. — En Bilbao: D. Teófilo Cámara, Alameda Maritima, 15. — En Zaragoza: D. Julián Prasco, Cineglo, 1. — En Vigo: D. Manuel Hueso, Cruz Verde, 5. — En Santiago (La Coruña): Casa Carill, Villar, 48. — En Lisboa (Portugal): D. João José da Costa, Rua do Arco Márquez d'Alegre, 78. — En Coimbra (Portugal): D. Tomás Trindade, Largo Miguel Bombarda, 13-15-17. — En Melilla (Africa): Sres. Botz Hermanos, Alfonso XIII, 25.

LISTA de los cuadernos publicados de "Tras la Pantalla":

Precio: 26 cént. — Los encargos fuera de la capital, los serviremos mediante el envío de 40 cént., más 26 cént. si se desean certificados.

N.º 1. Francesc Bertini, 3.ª edición. — N.º 2. Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición. — N.º 3. Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4. Mary Pickford, 2.ª edición. — N.º 5. Charles Ray, 2.ª edición. — N.º 6. William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7. Peppi White, 2.ª edición. — N.º 8. Gustavo Gerra, 2.ª edición. — N.º 9. Pina Menichelli, 2.ª edición. — N.º 10. Max Linder, 2.ª edición. — N.º 11. Margarita Clark, 2.ª edición. — N.º 12. Eddie Polo, 2.ª edición. — N.º 13. Maria Walcamp, 2.ª edición. — N.º 14. Wallace Reid, 2.ª edición. — N.º 15. René Cresté, 2.ª edición. — N.º 16. Hesperia, 2.ª edición. — N.º 17. Roscoe Arbuckle (Fatty), 2.ª edición. — N.º 18. Mabel Normand, 2.ª edición. — N.º 19. William S. Hart, 2.ª edición. — N.º 20. Juanita Hansen, 2.ª edición. — N.º 21. Sessue Hayakawa, 2.ª edición. — N.º 22. Dorothy Dalton, 2.ª edición. — N.º 23. George Walsh, 2.ª edición. — N.º 24. Susana Grandais, 2.ª edición. — N.º 25. Tom Moore, 2.ª edición. — N.º 26. Norma Talmadge, 2.ª edición. — N.º 27. Harry Houdini, 2.ª edición. — N.º 28. Paulina Fredegick, 2.ª edición. — N.º 29. Harold Lloyd (Pi), 2.ª edición. — N.º 30. William Farnum, 2.ª edición. — N.º 31. Madge Kennedy, 2.ª edición.

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 ptas.

N.º 32. Antonio Moreno, 2.ª edición. — N.º 33. Huguele Dallas, 2.ª edición. — N.º 34. Leon Mathot, 2.ª edición. — N.º 35. Henry Porten, 2.ª edición. — N.º 36. Tom Mix, 2.ª edición. — N.º 37. Carol Holloway, 2.ª edición. — N.º 38. Tullio Carminati, 2.ª edición. — N.º 39. Geraldine Farrar, 2.ª edición. — N.º 40. Frank Mayo, 2.ª edición. — N.º 41. Maria Jacobini, 2.ª edición. — N.º 42. Harry Carey, 2.ª edición. — N.º 43. Ruth Roland, 2.ª edición. — N.º 44. Monroe Salisbury, 2.ª edición. — N.º 45. Grace Cunard, 2.ª edición. — N.º 46. Jack Pickford, 2.ª edición. — N.º 47. Alla Nazimova, 2.ª edición. — N.º 48. Ossi Oswalda, 2.ª edición. — N.º 49. Maciel, 2.ª edición. — N.º 50. Priscilla Dean, 2.ª edición. — N.º 51. Jack Dempsey, 2.ª edición. — N.º 52. Mary Miles Minter, 2.ª edición. — N.º 53. Georges Carpentier, 2.ª edición. — N.º 54. Alice Brady, 2.ª edición. — N.º 55. F. Ford (Conde Hugo), 2.ª edición. — N.º 56. Clara Kimball Young, 2.ª edición. — N.º 57. Constance Talmadge, 2.ª edición. — N.º 58. Will Rogers, 2.ª edición. — N.º 59. Edith Johnson, 2.ª edición. — N.º 60. Mae Marsh, 2.ª edición. — N.º 61. Helen Holmes, 2.ª edición. — N.º 62. Larry Semon (Tomasa), 2.ª edición.

La colección ricamente encuadrada de este segundo volumen: 12'50 ptas.

También remitiremos fuera de Barcelona estos volúmenes, mediante el envío de dicha cantidad por Giro Postal, con un aumento de 50 céntimos por franqueo; más 25 céntimos si se quieren certificados.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



MIA MAY

POR

MARTÍN ROJAS

LA AOTRIZ QUE SABE
AUNAR LA ENERGIA CON
LA BELLEZA



os referimos a Mia May, la estrella que brilla con luz propia y potente en el cielo de la cinematografía alemana.

Mia May tiene para nosotros, sobre sus otros encantos, el encanto de su fuerza y de su energía. No veréis en ella la heroína complicada de los dramas modernos; ese tipo de mujer enfermiza y refinada que ha envenado la literatura de nuestros días para que los escritores puedan hacer alarde de sus conocimientos psicológicos. ¡Como si la belleza y el interés de un tipo de mujer tuviera que encerrarse forzosamente en un cuerpo raquítico, guardador de un espíritu desequilibrado!

La artista alemana—alemana por adaptación, no por origen—está muy lejos de ese tipo literario de mujer que acabamos de bosquejar. Es fuerte, es enérgica, es resuelta, pero sin perder por estas cualidades su simpática feminidad.

La veís andar, y sus pasos son seguros, como los de un hombre. La veís moverse, accionar, vivir ante vosotros esa vida intensa de los dramas cinematográficos, y observar que todos sus movimientos, que todas sus posiciones pregonan a voz en grito la salud y la alegría sana de que disfruta la heroína de la pantalla.

¿Y no vale esto más, infinitamente más que los retorcimientos epilépticos de muchas estrellas al uso? ¿No es esta sencillez jovial un retrato más perfecto y más amante de la vida?

Mia May es rubia. Su cabellera evoca los campos de mieses maduras bajo el sol de Agosto. Su cuerpo es matronil, de curvas pronunciadas; pero al mismo tiempo es ágil y vigoroso como el de una artista de circo. Su rostro, de líneas suaves, es muy bello con una belleza serena, como los de las estatuas que moldeó Fidias.

Unid a todo esto que la artista «sabe» vestir, que tiene el don del buen gusto en el vestido, y tendréis, ligeramente bosquejado, el retrato de la encantadora Mia May.

UN POCO SOBRE SU ARTE

«LA DUEÑA DEL MUNDO»

SU OBRA OMBRE

Aunque varias veces Mia May se nos presenta en aptitudes trágicas, no es ésta—si hemos de ser sinceros—su característica.

Nos agrada más, nos encanta y nos cautiva más como actriz de comedia; de esas comedias ligeramente sentimentales—a lo Flers y Caillavet—que la artista interpreta tan magistralmente. Tiene una cualidad predominante para triunfar en este género difícil y es su sencillez.

En efecto, en esta clase de comedias no se concibe la afectación. Es algo que disuena, que se separa de la armonía del asunto; es algo que nos obliga a ver la ficción, cuando es solamente un reflejo de vida, de nuestra propia vida, lo que deseamos contemplar. Cuanto más natural sea el artista que interprete dichas comedias, más se acercará al alma del público, más conseguirá ganar simpatías y llamar la atención sobre su labor.

De ahí que Mia May, asombrosa de naturalidad por temperamento, triunfe en las comedias de un modo tan definitivo.

En España todavía la conocemos poco en este sentido. Más bien se nos ha presentado en el género francamente dramático, que es el que deja más dinero a los productores. Pero nosotros hemos tenido ocasión de saborear su trabajo en comedias deliciosas y a fuer que no lo cambiaríamos por el que desarrolla en las películas trágicas.

No quiere decir esto que su labor en esta clase de producciones nos desagrade. Lejos de ello; en ocasiones sorprendemos en Mia May gestos y aptitudes de una fuerza y un vigor poco comunes en las modernas actrices dramáticas. Pero se nos antoja su trabajo como algo forzado, cual si la artista tuviese necesidad de inyectar dramática a su temperamento reposado, para dar vida en la pantalla a las atormentadas figuras de la tragedia.

«La Dueña del Mundo» puede decirse que es la obra cumbre de Mia May. Por lo menos es la más conocida en los diversos países que componen el planeta civilizado.

Esta obra es una serie que tiene la rara cualidad de poderse dividir en varias películas de cuatro o cinco partes, pues cada jornada forma un sólo asunto susceptible de ser ligado con los anteriores y con los posteriores, sin que pierda interés.

Este género de producciones lo han ideado los alemanes para dar más salida a sus películas, a fin de venderlas en series si les es posible, y si no en producciones dramáticas de cuatro o cinco rollos.

«La Dueña del Mundo», confeccionada así, da ocasión a la May para mostrarnos los diversas facetas de su arte, llegando desde la fina comicidad que campea en el episodio del aeroplano, a las altas cumbres de la tragedia en otras jornadas emocionantes de la misma producción.

Pero ya nos ocuparemos más adelante de esta película excepcional, y vamos ahora a narrar, a grandes rasgos, la vida de la gran actriz de la escena muda alemana.

EL PRÓLOGO DE LA VIDA

ARTÍSTICA DE MIA MAY

DE TAL PALO, TAL AS-

TILLA

Ya antes de nacer tenía Mia May trazado el camino que había de seguir en la vida. No podía oponerse, rebelarse contra las órdenes atávicas que la ordenaban proseguir en el teatro la vida de farsa de sus antepasados.

Porque los padres de Mia May, lo mismo que sus abuelos habían sido cómicos, habían vivido siempre entre selvas pintadas y entre palacios de lienzo, siendo unas veces reyes y otras mendigos. Habían ocultado sus colores naturales bajo una capa espesa de colorete, hasta lograr que sus rostros se empaldeciesen y se llenasen de arrugas. Habían hecho reír y llorar a los públicos con las ficciones que desarro-

habían en los escenarios. Y por esto Mia May llegó a este mundo con su sino trazado.

Hemos dicho antes que la artista de que nos ocupamos no es alemana de origen sino de adaptación. Lo hemos dicho y lo repetimos ahora.

Mia May nació en Viena, la ciudad frívola de antes de la guerra, el año 1884.

Muchas veces, los bastidores de los teatros, extendidos en el suelo, le sirvieron de cuna. Muchas veces también extendió sus manecitas hacia las bambalinas de los escenarios, y tal vez interiormente pensó que así tocaba al cielo.

En suma, creció en medio de ese ambiente falso en que viven los cómicos siempre dispuestos a hacer de sus vidas una continuación de las comedias que representan ante el público.

A la edad de seis años, ya juzgaron sus padres que la niña estaba en situación de aportar un sueldecito al hogar y la presentaron en papeletos de niña, que por aquellos tiempos tenían una gran aceptación en los teatros.

Un cronista cinematográfico, nos dice lo siguiente a este respecto:

«...la farándula habría de arrastrarla con el engañoso espejismo del oropel, de las luces exóticas, de los trajes vistosos, de la fantasía que alucina a las imaginaciones jóvenes y aún... a las de más edad.

Así, vemos a Mia May comenzar su carrera a los seis años, cuando sólo las muñecas, los inocentes juegos, las golosinas llaman la atención y la suponemos junto a las candilejas emocionando al público con su gracia infantil, llevando como herencia cierta modalidad, ya teatral.»

Así continuó la artista en miniatura algunos años, cautivando a los públicos de provincias con su gracia picaresca y hasta logrando algún que otro contrato para sus padres, que los empresarios concedían a cambio de que la niña trabajase en todas las funciones.

Pero, al correr del tiempo, la pequeña Mia empezó a crecer y esto, tan sencillo y tan natural, le restó simpatías. Ya no era aquel retaquito que recitaba sus papeles con una media lengua encantadora. Se había transformado en una muchacha zanquilarga, pizpireta y redicha y ponía en la interpretación de sus roles la picardía y la experiencia de un cómico viejo.

Sus padres, amigos de encarrilar en su propio provecho aquel temperamento infantil, comprendieron que continuando en el género de las comedias su hija iba camino deirse al foso, como se dice corrientemente en el lenguaje de bastidores.

Hubo con este motivo discusiones acaloradas entre los cónyuges, en las cuales tomaron parte, sin que nadie les pidiese consejo, algunos cómicos de la misma compañía.

En estas discusiones se formaron infinidad de proyectos sobre el porvenir de la muchacha, que por suerte se quedaron en proyectos. Se pensó en utilizar sus dotes, y para ello, alguien perteneciente a aquel



Mia May, en la «Dueña del Mundo»

Caricatura de Stres

improvisado consejo de familia, exigió que se mencionasen tales dotes. Los padres, cual si los hubiesen pluchado en el amor propio, las expusieron brevemente:

1.ª Un rostro muy bonito, enmarcado por una pequeña cascada de cabellos rubios.

2.ª Talento artístico hereditario, facilidad en la dicción y desenvoltura en los movimientos.

3.ª Cierta predisposición para el canto, a juzgar por los trinos y gorjeos que la niña prodigaba cuando se encontraba en su casa, a solas con las muñecas.

Como las primeras dotes se habían ya explotado en el género teatral cómico dramático, se pensó, con muy buen parecer, tratar de explotar sus dotes líricas, para lo cual la pequeña Mia fué obligada a abandonar en absoluto sus muñecas y fué puesta en manos de un hábil profesor de solfeo, que se comprometió a enseñarle las notas en pocas lecciones.

Al cabo de algunos meses, la niña estaba en condiciones de presentarse en público, cantando todo lo cantable.

Por aquel tiempo se formaban en Viena compañías infantiles de opereta, que recorrían los teatros de la nación, y de vez en cuando salían al extranjero, en *tournees* que se prolongaban varios meses.

Los padres de la muchacha vieron en esas compañías una fuente de ingresos para su hija (y por lo tanto, para ellos), y bien pronto la pequeña Mia se presentó al público vienes interpretando un rol de no mucha importancia en la ópera «Geisha».

Gustó su trabajo, gustó, sobre todo, su voz, y bien pronto la novel artista lírica fué ascendida en el elenco, llegando a ocupar en aquella compañía infantil un puesto envidiable.

Con esto quedó satisfecha por el momento la aspiración de sus padres, que deseaban el triunfo para su hija, sin despreciar las monedas que este triunfo les produjese.

ADOLESCENCIA :: DE TI- PLE DE ÓPERA A CANZO- NETISTA DE TABLADO ::

Meses, años, pasó Mia May en aquella compañía infantil vienesa, llegando a escalar el primer puesto de tiple cantante.

Recorrió todo el antiguo reino de Austria y visitó algunas ciudades importantes del extranjero llevando a todas partes el sello característico de su arte. Hasta, si no mienten las crónicas, estuvo en Espa-

ña, trabajando—entre otras ciudades—en Madrid, Barcelona, Sevilla y Vigo.

Después de cada una de esas *tournees* regresaba a Austria, donde, al salir por primera vez en escena, le premiaban con calurosos aplausos sus triunfos en el extranjero, que referían, con lujo de detalles, los periódicos de la nación.

Pero un día, cuando sus padres más confiados estaban en la suerte de la linda y talentosa muchacha, volvió a surgir el conflicto que en otro tiempo les había obligado a hacerla cambiar el arte dramático por el arte lírico.

Mia May se hacía mujer.

Poco a poco su cuerpo estilizado de niña se iba llenando de curvas graciosas, sus ojos se hacían más profundos, más soñadores, y una sonrisa de mujer sustituyó la risa alocada de chiquilla.

Los autores de sus días contemplaron estos cambios con sobresalto.

¿Cómo iba a poder continuar en una compañía infantil? ¿Iban otra vez a tener que buscar nuevos carriles para encauzar su talento?

En efecto; en la compañía infantil la primera tiple, si todavía no llegaba a hacer francamente el ridículo, por lo menos empezaba a destacarse de sus compañeros en un sentido puramente físico, lo que no deja de pasar inadvertido para el público.

Pero del cuidado de sus padres fué a sacarles ella misma esta vez, haciéndoles observar que quería dedicarse al cuplé, que por entonces empezaba a ponerse en moda en los escenarios de Europa.

Y así es que a los quince años, Mia May, que más tarde había de destacarse como primera figura en el cinematógrafo, se presentó como canzonetista en Viena, en el teatro de sus anteriores triunfos.

He aquí el comentario que a este hecho de su vida pone el periódico a que antes hemos aludido:

«A los quince años debutó como canzonetista en un teatro de variedades de Viena. Qué poco supondría entonces que el arte cinematográfico que alhoreaba en aquella época, le habría de abrir sus brazos para elevarla a la celebridad».

Y más adelante, refiriéndose a su entrada en Berlín, el campo de sus actuales éxitos, añade el mismo periódico:

«Continuó trabajando en este género, hasta que pocos años después marchó a Berlín para ingresar en el teatro «Friedrich Wilhelmstadt».

Llamábala a la capital de Prusia, no sólo un afán de dar mayor amplitud de sus tempranos ensueños de gloria, y de aprender en los grandes escenarios, para formar su escuela, sino también un ventajoso contrato, primer éxito en esta peregrinación amarga del arte, donde se precisa poseer temperamento y entusiasmo, no sólo para triunfar, que no todos lo consiguen, sino para no detenerse en el camino, dejando que la pobreza, la abulia y el fracaso llenen la vida de amargura y desesperación».

En Berlín triunfó Mia May como había triunfado en Viena. Ya su carrera artística estaba bien definida. Y sin embargo...

Sin embargo, la artista, hija de artistas, que ahora, mujer añoraba aquellas comedias en que tomaba una parte insignificante cuando era niña, pensó un día que no estaría del todo mal abandonar los cuplés por el teatro de verso. Y así lo hizo.

Como en el tiempo que actuara en las variedades había ganado en Berlín mucha popularidad, la aprovechó para conseguir un contrato. Por medio de la prensa anunció su deseo de transformarse en actriz de teatro, y cuando al día siguiente los periódicos publicaron la noticia, el domicilio de la May se llenó de empresarios de todos los teatros de Berlín, que le ofrecían sueldos magníficos para debutar en sus teatros respectivos.

Pocos días después la nueva actriz se presentaba al público berlinés interpretando el rol de protagonista en «La casa de muñecas».

**LA VOZ DEL CINE :: AMO-
RES QUE TERMINAN EN
BODA :: :: :: :: :: :: ::**

Por aquellos tiempos empezaba a desarrollarse en Alemania la fiebre de las películas. Triunfaba Ernst Lubisch y Joe May empezaba a destacarse como director de buen gusto y de fina perspectiva.

Un día, este último fué al teatro en que actuaba como primera actriz la antigua canzonetista y tiple de opereta y quedó prendado de su hermosura.

Desde aquel momento, Joe May no tuvo más que un pensamiento fijo: lograr para sí la belleza de Mia.

Empezó un asedio constante, a base de regalos costosos y de melifluas palabras. Pero la actriz no se dejaba convencer. No estaba dispuesta a conceder el más mínimo favor si antes no se pasaba por la vicaría.

A Joe May esto le pareció excesivo.

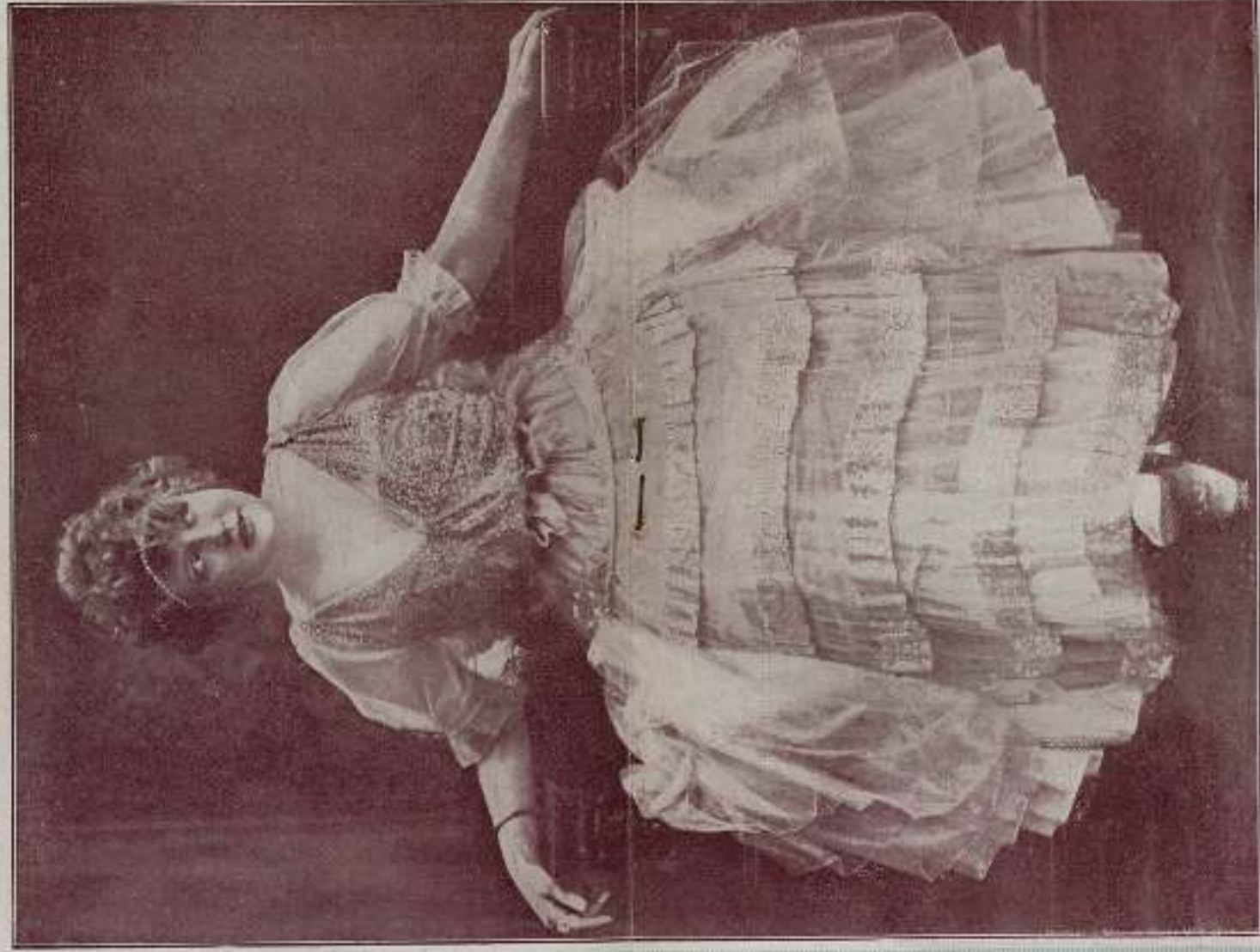
¡Perder su libertad de hombre soltero y favorecido por la Diosa Fortuna! ¡Contrair matrimonio precisamente cuando empezaba a desarrollar su vida, encarrilándola por un sendero de prosperidad!

Sin embargo, Mia May era muy bonita, muy graciosa, muy elegante y... muy decente. Esto último también lo sabía por experiencia el director cinematográfico. Y, aunque el casarse era cosa que necesitaba meditar mucho, May no lo meditó y un buen día se presentó en el camerín de la actriz y le pidió su mano.



Mia May en «La verdad vence»

Las grandes estrellas de la Pantalla



MIA MAY



Mia May en «Le Dueña del mundo».

Poco después un sacerdote unió sus vidas, y el director y la artista se unieron voluntariamente a la carroza matrimonial.

Una hija nació de aquellos amores: Eva May, que actualmente también se dedica a interpretar personajes en las películas.

Desde que contrajeron matrimonio, entre Mia y Joe se colocaron las bases de una sociedad próspera para la edición del film en el cual ellos dos serían las cabezas principales: Mia, como intérprete, Joe como director.

Pronto la comediante se inició en los secretos del cine y triunfó en el teatro mudo rotundamente, mucho más rotundamente— a pesar de ser los antiguos éxitos, definitivos—que había triunfado en el teatro de verso y en el género lírico y en el arte frívolo y gracioso del cuplé.

Para que nuestros lectores juzguen detalladamente de la prosperidad de la cinematografía alemana y por tanto de la manufactura que dirige Joe May, llamada «May Film», publicaremos a continuación un artículo publicado por la revista berlinesa «Film Express». No está esto de más, ya que hasta ahora está muy poco extendida entre nosotros la propaganda alemana en el ramo de las películas.

He aquí, pues, el artículo en cuestión:

«Después de la guerra, Alemania ha despertado con nuevas energías, para conquistar un primer puesto en el mercado cinematográfico mundial.

En muy poco tiempo nos han llegado pruebas palpables de su actividad y del esmero que pone en servir inmejorables producciones.

Sus manufacturas han logrado conquistar para sí artistas de la categoría de Fern Andra, de Mia May, de Henny y Rosa Porten, de Asta Nielsen, de Conrad Weidt, etc.

Sus estudios han experimentado en muy contados meses un progreso que los coloca al nivel de los mejores estudios norteamericanos.

Y una gran ciudad cinematográfica se ha levantado en Alemania, al estilo de las que existen en California.

Es natural que, debido a los altos precios de todos los materiales, no sea muy barata la instalación de una ciudad cinematográfica, de manera que sólo muy grandes y ricas empresas se pudieron construir ciudades propias.

Hizo el principio Joe May, creando en Wolsersdorf una ciudad cinematográfica, que le proporcionó escenarios para su película «La Dueña del Mundo».

El terreno de la sociedad de películas May tiene una situación hermosísima en medio de un paisaje cubierto de cerros con bosques a las orillas de un inmenso lago.

En dirección contraria del reino de Joe May se halla el de Rudolf Meinerts, jefe de la Decla Bioscop.

Al oeste de Berlín está situado Neubabelsberg.

Allí tiene la Decla Bioscop instalados sus talleres y sus establecimientos de fabricación; allí edifica sus ciudades cinematográficas.

El que visita en estos días este lugar (finales de 1920) se ve trasladado al sur lejano, a España.

Para la película «El Alcalde de Zalamea» se ha edificado aquí una hermosa ciudad española, con sus casas características, su plaza de mercado y sus estatuas de santos.

Al sur de Berlín, en Tempelhoff, está situado el reino del director maestro de escena Ernst Lubitsch.

Allí encontramos los grandes talleres de fotografía de la Unión y Messter, ambas en el convenio de la Ufa; allí nos podemos mover en media hora por distintos países y edades.

Pero no sólo los grandes conventos se edifican con arte y primor el cuadro que necesitan.

También los grandes y medianos fabricantes tienen ocasión de edificarse sus escenarios en los gigantescos talleres de alquiler que hay en Berlín y cerca de esta capital.

El mayor de estos talleres que alquila a los fabricantes sus espacios y todos los materiales que se necesitan, por día, se halla cerca de Berlín, en Johannistal.

Un antiguo hangar para aviones, que, con arreglo al Tratado de la Paz, no debía servir más para el destino que tuvo hasta ahora, se ha transformado en un taller gigantesco, cuyo espacio consta de cuatro talleres separados, de cada uno de los cuales cuesta el alquiler tres mil marcos por día.

En ellos se han filmado, hace poco tiempo, por la casa Ufa-film-Ges., gigantescas escenas orientales, que eran necesarias para la impresión cinematográfica de las célebres obras de Karl May.

Aquí también se erigieron grandes terrazas y salas del antiguo palacio danés de Helsingør, en medio de las cuales representó Asta Nielsen «Hamlet».

Como se ve por estos progresos maravillosos, la cinematografía alemana, que cuenta con capitales, con dirección experta y con artistas inmejorables, ocupará muy pronto en el mercado cinematográfico mundial el lugar que le corresponde.

Así habla el periódico mencionado a fines de diciembre del año 1930. ¿Verdad que sus vaticinios no han tardado en cumplirse? ¿Verdad que nadie se atreve hoy a negar la indudable importancia de la cinematografía alemana?

UN POCO MÁS SOBRE LA GRAN PELÍCULA «LA DUEÑA DEL MUNDO» ■ ■ ■ ■ ■

Como lo prometimos en las primeras páginas de este libro, volvemos ahora a ocuparnos con más amplitud de la notable producción de Mia May, «La Dueña del Mundo».

Lo hacemos así, porque esta película, es, a nuestro juicio, sino la mejor creación de la gran artista alemana, por lo menos la más conocida, la que fué llevada triunfalmente de uno a otro continente.

Queremos recordar a este propósito las palabras de un periódico español, que dijo lo siguiente cuando se presentó esta gran cinta en sesión de prueba:

«La Dueña del Mundo», película en episodios, interpretada por Mia May.

Es la primera película alemana de series, y en honor a la verdad debemos convenir en que, a juzgar por la muestra, se nos presentan los alemanes con extraordinarias aptitudes para cultivar este género, que hasta ahora había sido exclusivo de los americanos.

«La Dueña del Mundo» tiene, como primer elemento en su elogio, la originalidad.

Su argumento, sus tipos, su acción, se separan en absoluto del manoseado género americano, presentándonos aspectos nuevos e interesantes de países remotos.

Se desenvuelve una gran parte de este primer episodio en el país legendario de la China, y nos asombran la propiedad y la riqueza con que se presentan aquellas escenas, que pregonan a voces una excelente y minuciosa dirección.

La interpretación es ajustadísima por parte de todos los artistas, y sobre aquellos cuadros de miseria y de horror es como una flor blanca la belleza alada de Mia May.

Esperamos los otros episodios, que suponemos no desmerecerán del primero.

Más adelante, al hacer la crítica del segundo episodio, el mencionado periódico escribe lo que sigue:

«Ha tenido lugar la presentación de la segunda serie de la gran película alemana «La Dueña del Mundo».

Cuanto dijimos referente a la primera serie puede hacerse extensivo a la que nos ocupa, con la particularidad muy remarcable de que en ésta, por el desarrollo que progresivamente va alcanzando la acción desde las primeras escenas en la pantalla.

La interpretación de cuantos en ella toman parte es acertadísima,

sobresaliendo la labor de la eximia actriz Mia May, que se está revelando una de las más admirables artistas del arte mudo.

La mise en scène y la presentación en general es como de May Film, es decir: impecables.

Otra revista cinematográfica de Madrid, «Cinema», se ocupa también con alguna extensión del estreno de esta película en la Corte, y para que la impresión que damos de esta producción resulte más completa, copiamos a continuación dicho escrito, firmado por el crítico «Jack»:

«Cuando vimos por primera vez esta cinta («La Dueña del Mundo») hace unos siete meses, pronosticamos de ella un éxito rotundo, definitivo; tenía su argumento algo tan extraordinario, tan fuera de lo corriente, qué no había la menor duda: interesaría a la fuerza.

Luego se gestionó la venta, que tardó bastante en ultimarse, pues se trataba de muchos miles de duros (pasan de 60,000).

Por fin se vendió y se anunció el estreno.

Una empresa de esta Corte se apresuró a adquirirla y la anunció, por cierto con algún recelo, pues sabido es de todos que cuando se cree en el éxito de una cinta se inunda Madrid de carteles y fotografías y con «La Dueña del Mundo» sólo se fijaron unos modestos carteles anunciando el estreno.

Y sucedió lo que nadie esperaba: «La Dueña del Mundo» fué el mayor éxito de la temporada, consiguiendo llenar a diario las salas de los cinematógrafos más aristocráticos de la villa del Oso y del Madroño.

A raíz de la primera jornada el público se dió cuenta de que no se trataba de una serie vulgar, sino de una serie monumental, de la que no hay precedente, de un asunto novelesco no llevado a la pantalla y en el que se reflejan los tipos y costumbres de todos los países del mundo con una perfección sin límites.

En resumen: una cinta que ha conseguido y consigue llenar los citados salones como no soló llenarlos película alguna.

Prueba de ello es que la Empresa queriendo sacar más partido a la serie, ha hecho de las ocho jornadas de que se componía, trece.

Así el público que no quiera perder ni una jornada tiene que ir tres semanas más para poder llegar al final.

Con muchas cintas como ésta yo aseguro a las casas alquiladoras que no necesitan salir de su despacho.

Se contratan solas!»



Mia May

Dibujo de J. Andreu

**CÓMO SE HA HECHO ESTA
GRAN PELÍCULA :: ALGU-
NAS OTRAS PRODUCCIO-
NES DE MIA MAY :: :: ::**

Lo más asombroso del caso en lo que se refiere a «La Dueña del Mundo» es que fué hecha sin haber salido de Alemania ninguno de los artistas que la interpretan ni ninguno de sus operadores. En la ciudad cinematográfica de que antes hemos hablado, Joe May, el esposo de Mia, hizo construir todos los paisajes maravillosos, todas las calles de leyenda y los edificios extraños que se ven en esta cinta...

Nada de lo que allí se ve es verdad. Todo está hecho a base de cartón y pintura. Y, sin embargo, ¡cuánta propiedad, cuánto verismo encontramos en esa cinta!

Eso se llama hacer arte grande; arte que necesita decoradores que sean verdaderos maestros en el arte de la decoración y directores que sepan elegir tipos que no desentonen jamás del conjunto general.

Además de «La Dueña del Mundo», Mia May, infatigable trabajadora, ha hecho otras muchas películas, de las cuales mencionaremos solamente, para no hacer la lista interminable, las siguientes: «El honor», «La tumba india», «La falta de Lawina Morland» y «La Condesa de París».

**EL EPISODIO SENTIMEN-
TAL EN LA VIDA DE LA
ARTISTA :: UN VIOLINISTA
POLACO SE ENAMORA DE
MIA MAY :: :: :: :: ::**

Para terminar estas cuartillas mal hilvanadas, queremos dejar a nuestros lectores el sabor agri dulce de la aventura amorosa.

Por eso vamos a reseñar a grandes rasgos unos amores que dejaron huella profunda en la vida de la actriz; esos amores pasionales que figuran en todas las biografías de las artistas célebres, porque todas han vivido con más o menos intensidad sus horas de fiebre.

Fué antes de dedicarse Mia May al cinematógrafo, cuando todo su horizonte se reducía al horizonte limitado de las «varietés» y no soñaba todavía con la gloria silenciosa de la pantalla.

Había sido contratada la actriz para actuar en Montecarlo durante una breve temporada invernal.

Montecarlo, por entonces, era el Eldorado de las artistas; se cobraban sueldos fabulosos por trabajar allí y estos sueldos eran aumentados regiamente si la artista se dignaba alternar con los jugadores y se sentaba a las mesas de tapete verde, que en gran número se extendían por los elegantes salones del casino.

Mia May no aceptó esta condición. No la aceptó por orgullo y por dignidad.

Prefería trabajar más y cobrar menos a verse obligada a aguantar las groserías de los hombres, que no por hallarse encubiertas bajo el velo de la buena educación, dejaban de ser groserías.

En el coquetón teatrito donde ella actuaba, triunfaba como primer violín el músico polaco Ivan Powslosky, que en su país gozaba de justa fama como compositor de mérito.

Powslosky se enamoró violentamente de Mia May. Se enamoró con esa impetuosidad que los rusos y los polacos ponen en todas sus cosas y que tanto los acercan a nosotros, los latinos.

Mia May, acostumbrada a rodar por esos mundos de Dios, buscaba la salvaguardia de su persona en un recato, tal vez exagerado para una artista. Pué ésta el arma que opuso a los primeros ataques del violinista. Un arma de hielo, de indiferencia, que en el caso que mencionamos no sirvió más que para avivar la pasión del músico.

En efecto, lo que menos pensó Ivan Powslosky fué que aquella frialdad de la artista fuese verdadero recato. Más la achacó a orgullo, y se sintió herido en su amor propio al ver que su nombre ilustre y su físico no despreciable no hacían mella en la artista del cuplé.

Empezó entonces un asedio constante, de cada día, de cada hora. Mia May, un poco asustada de la impetuosidad de aquel hombre se encastillaba en su frialdad, temiendo concederle el más mínimo favor, por miedo a ser arrollada por aquel torrente impetuoso de pasión.

Un día, al fin, el violinista pudo hablarle a solas.

—Yo estoy locamente enamorado de usted—le dijo.—Yo soy un hombre con quien no se juega. Puede usted seguir disfrutando su orgullo con la máscara de su frialdad. Pero no se lamenta usted si un día, al salir de su habitación del hotel, se encuentra con un cadáver ante su puerta.

Mia May quiso sonreír, quiso tomar a broma aquellas palabras, pero no pudo. Algo como un presentimiento le halaba el corazón.

Mañana—volvió a decir Powslosky—pasaré por el hotel a perdirla una contestación concreta. Si esta contestación no me satisface, cumpliré la promesa que acabo de hacer.

La artista vivió unas horas de febril ansiedad, esperando el día siguiente, que iba a marcar en su vida una fecha memorable. Ella no

amaba a aquel hombre, no podía amarle, no era su «hombre ideal»...
¿Iba a sacrificar su felicidad estúpidamente, porque un desconocido la amenazase con pegarse un tiro? ¿Y no serían todas aquellas palabras bravatas con que trataba de atemorizarla?

Pasó una noche interminable de insomnio.

A la mañana siguiente llamaron a la puerta de su habitación. La camarera le anunció la visita del hombre siniestro.

Lo recibió muy pálida y le tendió una mano temblorosa. El violinista la rozó apenas con la punta de sus dedos y murmuró:

— ¿Ha meditado usted sobre aquello?

— Sí... y sigo con la misma opinión de ayer... Le aprecio a usted, pero no le amo lo bastante para ser su esposa.

— Está bien, señorita. Le agradezco su sinceridad.

Y salió, dirigiendo a Mia May una mirada dolorosa como la de un condenado a muerte!

Unos segundos después sonó una detonación.

Cuando Mia May abrió la puerta de su cuarto vió al violinista tendido a sus pies, con la cabeza destrozada por un balazo.

¡Aquel hombre había cumplido su palabra!



EL PRÓXIMO CUADERNO:

Thomas Meighan

El insuperable artista de la alta comedia

Fotografías expresas para *TRAS LA*

PANTALLA

EN PREPARACIÓN:

Dorothy Gish - Charles Hutchison

Elsie Ferguson

NUESTRO BUZÓN

Marion. — Valencia. — Hace tiempo que V. no pide nada, ni solicita nada. Esperamos noticias.

Tres chuladitas. — Bilbao. — Encomiéndense a Santa Rita, o desahórense al mismísimo Fred Zorrilla. Y ya nos dicen lo que ha pasado.

Una Idealista. — Ciudad. — Thomas Meighan, Famous Players, Lasky Corp. Vaya si daremos Novell y Shidlov Mason! De manera que, ¿así no le acertado nada? Pues usted tampoco. Nada de Luis, eso lo dejamos para la canción, eh? Y en cuanto a lo de castaños, se ve que aún ha sido un sueño de los días de una indigestión de castañas. Cien que esto sucedió en Diciembre. No es así?

D. F. R. — Madrid. — Saldrán sus artistas preferidos. No, damos ya direcciones, salvo casos excepcionales. Lo aconsejamos oírse el «Directorio de Artistas de Cines», de venta en esta calle Valencia, 20. Mande 15 céntimos en sellos y se lo remitirán.

Un admirador de Douglas. — Barcelona. — Pronto lo sabré. No sabemos el nombre de la protagonista por qué pregunta.

Ted Kid Lewis. — Ciudad. — Escriba a Jack Dempsey, calle Jack Kenras, 716-714-Haus, Building, Los Angeles, California. Con seguridad le escribirá y le mandará la fotografía que solicita.

Una admiradora de «Tras la Pantalla». — Bilbao. — Gracias por sus observaciones. Las tendremos muy en cuenta.

Una romántica. — Olot. — La letra efectivamente es suya pero la fotografía no es de usted. Cuando mande su retrato auténtico hablaremos. Mientras tanto, quídanse anulados los besos.

XXX. — Para dar con tantas señas y señales hay, para hacer antes la señal de la cruz. Me he quedado atónito. Díjeme tomar aliento y ya le responderé.

Tapas especiales

para encuadernar el segundo volumen de

Tras la Pantalla

comprendido desde el número 32 al 62, ambos inclusive

Precio: 1'50 pesetas

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal, con un aumento de diez céntimos por gastos de franqueo. — Certificadas: 55 céntimos. — Tapas y encuadernación: 2'50 pesetas para los lectores de la capital

Batén, 118 (antes Bruch, 3) — Barcelona

Estrellas del Lienzo

Magífica colección de postales de artistas cinematográficos

FRANK, FRANKLIN, FRANK, WALLACE, FRANK, FRANK, FRANK,
FRANK, FRANK, FRANK, FRANK, FRANK, FRANK, FRANK,
FRANK, FRANK, FRANK, FRANK, FRANK, FRANK, FRANK,

Precio: 20 cént. cada una + 90 cént. la serie

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 cént. por cada remesa

Certificadas: 35 céntimos

Depósitos para la venta: Batén, 118, Barcelona, y en casa de nuestros correspondientes exclusivos